

VIAJE A CALIFORNIA

Por: Héctor Ceballos Garibay

PRIMERA IMAGEN: URUAPAN.

Es una tarde veraniega de 1975, en la Barranquilla de Costo, la hospitalaria casa paterna de aquellos días. Una luz mortecina se filtra por la ventana del estudio. No puedo concentrarme en la novela que leo. Aparto los ojos de la lectura y veo la figura etérea, delgadísima, de mi hermano Luis Fer: está frente a su caballete, con el pincel en la mano, retocando uno de sus numerosos óleos en los cuales vuelca los espectros que atormentan su exilio interior.

Los postreros destellos del sol se extinguen a lo lejos y la noche desciende apaciblemente. Un disco de Donovan crea el ambiente de serenidad que tanto nos gusta. Sin embargo, en el rostro pálido de Luis Fer se refleja la misma inquietud que yo siento conforme transcurren las horas. Ambos, él a sus 21 años y yo a mis 17, tratamos inútilmente de encubrir el alborozo que nos suscita la ilusión de viajar por primera vez a Estados Unidos. La hora de la partida está cerca, adquiere el misterio de la inminencia. Se vuelve destino.

SEGUNDA IMAGEN: MAZATLÁN.

Son las 12 del día. Luis Fer y yo caminamos por el malecón hacia el centro de la ciudad. El calor nos agobia, acentúa la pesadez de las horas mal dormidas, el malestar de los huesos entumecidos, la fatiga del prolongado viaje en el autobús. Apenas si nos percatamos de la presencia infinita, sonora, ineludible de ese mar azul que paso a paso dejamos a nuestras espaldas. Una vez inmersos en las entrañas del casco viejo, el olor se vuelve fétido, como si la brisa marítima cesara su acción de limpieza al toparse con los muros de los edificios. Un resto de sensibilidad nos permite divisar cómo se despliega, esplendente, el fragor urbano de un Mazatlán tempestuoso, alegre, cargado de acertijos y tentaciones.

Por fin aparece ante nuestros ojos el domicilio de la tía Esther. Ella es una mujer rubicunda, bulliciosa y dicharachera, cuya voz de soprano le imprime a su regordete rostro un aire inconfundible de mujer entrona, acostumbrada siempre a imponer su voluntad. Aunque no es pariente consanguíneo, sino tía de cariño, Esther parece resuelta a que Luis Fer y yo nos la pasemos muy bien. Y para ella eso

significa comer hasta la saciedad, beber incansablemente y, ¿por qué no?, gozar una aventurilla con sabor a mar.

El clima es propicio, venturoso, y lo aprovechamos noche y día en una rutina consistente en trajinar por las playas, visitar los mejores hoteles, deambular por las discotecas de moda y atragantarnos con las succulentas mariscadas. Todo ello sin quejas ni pausas. La tía Esther no admite remilgos, ni le gustan los rajones. Con suma delectación organiza, inventa y dispone a su antojo. Luis Fer, como buen artista introvertido, acostumbrado a la soledad y el silencio, está a punto de la rendición. Yo, en cambio, todavía tengo cuerda para rato y soy capaz hasta de paladear los preparativos de la fiesta que ha ideado la tía Esther a manera de despedida.

El departamento se encuentra repleto de invitados. Me sorprende la velocidad con la cual se agotan y reponen los rones, las cervezas y las botanas. La música retumba y apenas si me deja oír la conversación de mis contertulios. La tía Esther ríe a carcajadas. Imperativamente y a cada rato, ella incita al pobre Luis Fer para que beba, para que se integre al barullo, pero él una y otra vez se margina de los pintorescos personajes que asisten al convivio. La tía ciertamente está en su elemento, como una gran matrona en su reino. Yo disfruto la fiesta. Bebo otra cerveza y vuelvo a la pista de baile. Esther, entre risas cómplices y cuchicheos, le dice a Hellen que vaya a mi lado, que ya es hora de que cumpla con lo pactado. Es trigueña y aparenta unos 30 años. No es bella, aunque sabe sacarle jugo a sus caderas y a sus desplantes de mujer de mundo. Fuma con denuedo, cual si quisiera tragarse la vida misma al aspirar el humo. A cada sonrisa me presume su diente de oro. Luce un vestido dorado, extravagante, que le entalla espléndidamente su diminuta cintura. Sus piernas son delgadas, bien torneadas, sin un solo vello. Se me acerca y rodea mi espalda con el brazo. Agradezco sus piropos. Entre un brindis y otro desabrocha los botones superiores de su blusa, mostrándome la turgencia de sus senos. Deja de fumar y me besa. Apenas si la escucho cuando me invita a tomar un baño con ella a fin de quitarnos la modorra etílica. Acepto gustoso, entusiasmado por la sugerencia. Presurosos nos alejamos de la gente y, a medio desvestir, nos introducimos en la tina. El jabón nos sirve de juguete –resbaloso, perfumado, terso– para acariciarnos los cuerpos debajo del agua. De la bañera saltamos a la cama. Con voz airada espanto a un intruso que pretende entrar en la habitación. Ella apenas si interrumpe el tejido de besos que me cobijan. Le dejo que tome todas las iniciativas. Acomoda una almohada debajo de su cintura y, plácidamente, me enseña cómo es que debe moverse una mujer cuando yace tendida debajo del hombre. Es tal el efecto prodigioso de sus movimientos –acompañados, penetrantes, envolventes– que me exprime pasados unos cuantos minutos.

Le suplico a Hellen que se quede más tiempo conmigo. Conservo la esperanza de que, más tarde, se repitan las clases y de que, entonces, el tiempo se eternice. Pero ella rehúsa porque tiene otro compromiso, o porque simplemente considera que ya cumplió su encomienda. Dejándome una sonrisa maternal, infinitamente comprensiva, abandona la cama y se despide de mí para siempre. A la media hora, todavía con el ánimo por los suelos, me incorporo a la alicaída fiesta y alcanzo a observar a Hellen en el momento que le platica a Esther lo sucedido. Antes de salir del departamento me envía un beso con la mano. La tía, por su parte, cierra la puerta y me hace un guiño burlón. Está contenta. El jolgorio camina hacia su desenlace, con sus característicos altibajos, pero yo me siento ajeno y deprimido. Para colmo, después de la probadita del pastel, el hambre se me ha quintuplicado, y Hellen ya no está conmigo. Sólo su recuerdo permanece, como una huella marcada de por vida en mi temple.

TERCERA IMAGEN: SAN LUIS RÍO COLORADO.

El camión se desplaza lentamente. Es de segunda categoría y va rebosante de pasajeros que se ilusionan con la posibilidad de mejorar su vida en Estados Unidos. Un calor inclemente nos hace más tormentoso el viaje. Dos tortas y un refresco para cada uno, son el único consuelo en este infierno. Malos augurios: la ventilación artificial se descompone en plena travesía por el desierto de Sonora.

Son casi las tres de la mañana. El fantasmal pueblo de San Luis Río Colorado nos recibe de mala manera: furiosas tolveneras cubren de arena todo el espacio circundante, los hoteluchos de los alrededores están ocupados al tope, nada se encuentra abierto a estas horas y no podemos comer un mendrugo. Finalmente, Luis Fer y yo nos alojamos en un hotel de quinta clase, que dada la fatiga auestas nos parece una mansión. El administrador nos ofrece la única habitación disponible. Poco nos importa dormir en una cama desvencijada y maloliente. Nos urge descansar, estirar el cuerpo. Decido tomar un baño de agua fría para deshacerme del sudor y la mugre. Luis Fer sacude la gruesa capa de tierra que cubre los muebles. En la regadera, mientras me baño, hago a un lado el montón de grillos – vivos y muertos– que impiden el correr del agua por la coladera. Estoy de buen humor. Antes de acostarme salgo al pasillo y, como si fueran pelotas de fútbol, pateo los sapos que están más próximos a la habitación.

Nos levantamos temprano, descansados y contentos, como si hubiéramos dormido en casa. Antes de liquidar la cuenta, el recepcionista me cuenta que el hotel donde pasamos la noche tiene su peculiar historia. Sí, apenas dos semanas atrás, este vetusto edificio todavía era el prostíbulo más

connotado de la región. A consecuencia de una balacera entre judiciales borrachos, el antro tuvo que ser clausurado. Hacía escasa una semana que daba servicio como hotel respetable.

Pepe, nuestro hermano mayor, siempre responsable, pasa por nosotros en su vocho blanco, a la hora convenida. Sufriendo un calor dantesco, nos dirigimos a Mexicali a cambiar pesos por dólares en el banco. En una fonda, mientras comemos machaca norteña, Pepe nos relata cómo transcurre su vida cotidiana en Ciudad Morelos, pequeña comarca algononera donde hace su servicio como pasante de medicina. Percibe de inmediato que Luis Fer y yo no le envidiamos nada su tren de vida, pero él, haciendo honor a su fama de hombre pragmático y cerebral, se vanagloria de estar cerca de la frontera y de poder ir con frecuencia a Yuma a ver buen cine y a comprar libros y discos. Luego de la copiosa comida, los tres hermanos visitamos el Centro de Salud de Ciudad Morelos, ubicado a pocos kilómetros de Mexicali. A la mañana siguiente, después de precisar la ruta por seguir, salimos jubilosos hacia California.

CUARTA IMAGEN: SAN DIEGO.

Estamos en un motel. Pepe dice que son más baratos y cómodos que los hoteles. A lo lejos se ve el mar. Caminamos por el puerto hasta cansarnos. Por la noche visitamos una feria, encontrada por casualidad, cercana a la base naval.

Imposible irnos de San Diego sin conocer el parque Balboa. Agotamos las energías recorriendo el inmenso zoológico. Un plato fuerte, sin duda. Salimos exhaustos, ávidos de comer cualquier cosa para saciar el apetito. Pepe y Luis Fer se adelantan a comprar hamburguesas en un comercio callejero. Yo me quedo en un puesto de periódicos, a hojear revistas. De pronto, siento una mirada incisiva que me vigila desde un coche amplio y lujoso. Volteo y me encuentro con la sonrisa de una señora cincuentona, maquillada en demasía y que insiste en observarme con sumo cuidado. Vuelvo a lo mío. Compro el periódico del día y espero a que se ponga el rojo del semáforo para poder cruzar la avenida. Ella, montada en su automóvil, arranca detrás de mis pasos lentos y precavidos. Comienzo a sentirme molesto. Al llegar a la esquina me detengo y la miro fijamente, en forma inquisitiva, casi desafiante. Su coche está justo enfrente de mí, y no sé si bajará de él o no. Parece indecisa, titubeante, y su sonrisa se ha desdibujado. Al reiniciar la caminata hacia donde mis hermanos me esperan, oigo que se abre la puerta del automóvil. Me paro en seco. La aguardo, mordido por la curiosidad. ¿Qué quiere de mí esta mujer prematuramente envejecida? Se quita los lentes de sol y advierto, nítidamente, las reminiscencias de un rostro bellísimo. Lleva un traje sastre gris y una blusa blanca. Camina en mi dirección,

contoneándose con torpeza. Vuelve a sonreír, como para tranquilizarme. Estoy demudado. Ella extiende su brazo derecho y acaricia mi cabello, suave, cálidamente. Me dice: “My dear boy, I miss you so much”. Hay lágrimas en sus ojos. Alza la voz y repite la misma frase. Siento su aliento alcohólico. Reacciono intempestivamente y me pongo rígido, frío. Ella percibe el cambio de mi actitud. Se ha roto el encanto. Asustada, triste, sin pronunciar palabra, se aleja con prisa. Casi se tropieza antes de abordar su coche y arrancar alocadamente. Desde la otra acera, Pepe grita mi nombre. El eco de su voz resuena en mis oídos y me saca del ensimismamiento. Apresuro el paso.

QUINTA IMAGEN: LOS ÁNGELES

Mañana nublada, con vientos huracanados. Visita al *downtown*. Pepe y Luis Fer entran al *Woolworth*, a buscar discos de rock en oferta. Yo espero afuera, anonadado ante la fealdad de la gente que pulula a mi alrededor: locos, tullidos, pordioseros, ancianos, obesos y borrachos. Mi ánimo no podía ser peor. Entro a buscar a mis hermanos. En uno de los pasillos veo a una guapa morena que atiende a los clientes. Usando el español le pregunto por el sitio donde se ubica la sección de música. Molesta, como si la hubiera insultado, me explica en un inglés mal pronunciado que no ha entendido. Más tarde, una vez comprados los discos, paso nuevamente por el mismo lugar y sorprendo a la tipa en amena plática -¡en castellano!- con otras de sus compañeras de trabajo. Al verme, guarda silencio. Sonrío y me despido de ella con un sonoro “adiós”.

Mañana luminosa, apacible y fresca. Jornada cultural: nos llenamos los ojos de colores, trazos y texturas recorriendo las pinacotecas de la ciudad. Por la noche, visita obligada a Beverly Hills. Al llegar a la calle Hollywood, el tráfico automovilístico se congestiona; apenas si avanzamos una cuadra y ya estamos otra vez detenidos. No importa. Aprovechamos el tiempo observando las tiendas, los cines, los restaurantes y, sobre todo, a los viandantes. Súbitamente, oímos un estruendo de gritos en la acera de enfrente. Un negro, altísimo y joven, se defiende de una mujer blanca que arremete contra él utilizando una pesada bolsa. Ella, mujer de unos 40 años, es corpulenta y viste ropa de marca. Pronto se forma un tumulto en torno de los aguerridos combatientes. El negro pasa a la ofensiva y acierta algunos buenos puñetazos. Nadie, de los numerosos curiosos que forman el corrillo callejero, interviene para separarlos. Se limitan a contemplar con morbo cómo se desata la furia y emana la sangre. El pleito se aviva, mientras un claxon agudo nos saca del estupor. El semáforo está en verde. Seguimos adelante, atribulados, como si también nosotros hubiéramos recibido una paliza. La calle se prolonga varios kilómetros y tardamos cerca de una hora en recorrerla, subiendo la cuesta hacia las célebres mansiones

del lugar. De regreso, de nuevo la luz roja nos detiene casualmente en el mismo sitio de la pelea. Miramos con atención: ni el negro ni la mujer se encuentran ahí. ¡Se han esfumado! Tres policías interrogan a unos pocos de los testigos de la escena que no han huido. Por fin, se enciende la luz verde. Salimos a gran velocidad de la zona. Reina el silencio. La oscuridad de la noche nos protege, nos indica que Hollywood, con sus miles de luces, se ha quedado atrás, muy lejos.

SEXTA IMAGEN: SAN FRANCISCO.

Luis Fer toma fotos de la bahía. Un mar sosegado, con una estela de luz en medio, nos invita a degustar la atardecida. Amparados en la serenidad que brota de la ciudad, deliberamos en torno de cómo y dónde pasar nuestra última noche en esta nueva Sodoma. Luis Fer se muestra indiferente, no hace propuesta alguna. Pepe, pensando en el retorno a México al día siguiente, prefiere que no haya desvelos y sugiere una enésima ida al cine. Yo, que estoy harto de ver películas comerciales o pornográficas, insisto en que visitemos algún centro nocturno. Después de darle muchas vueltas a los pros y los contras, Pepe y Luis Fer caen víctimas de la tentación, de la atmósfera hipersexualizada de California, y aceptan finalmente la propuesta de, por lo menos, ir a merodear por la zona de antros.

Iniciamos la travesía nocturna en un bar poco ruidoso. Las cervezas nos proporcionan la euforia necesaria para matar el miedo a lo desconocido. El festín de las calles está en su apogeo. Los escaparates son una primera fuente de incitación. Afuera de los antros, jóvenes apuestos y fornidos gritan, ofrecen, presionan e incluso se pelean entre sí con tal de convencer a los turistas de que entren en las casas del placer. Los transeúntes observan a pares o tríos de mujeres semidesnudas que, con guiños y sonrisas seductoras, refuerzan la invitación a pasar.

Pepe y Luis Fer aún no están decididos, y se quedan a pensarlo una vez más. En mi caso las dudas han desaparecido. Atravieso la calle y entro en el negocio más cercano. Los guaruras revisan que no traiga armas. Me llevan a una sala amplia, escasamente iluminada, en donde abundan las imágenes eróticas. El lugar huele a una mezcla de talco y perfume. Me siento a esperar. A la distancia veo y oigo a un par de sujetos, latinoamericanos por su modo de hablar, que discuten acaloradamente con los guaruras. De inmediato me pasan a la estancia principal, más austera y confortable. Ahí me presentan a cinco bellas mujeres, formadas en fila y mostrando sus dotes naturales o artificiales. Escojo a una morena, delgadísima, que por su rostro todavía infantil me inspira mayor seguridad. Mientras desabrocha su capa roja, me cuenta que tiene familia en Venezuela. Le lanzo mil preguntas en español sobre su vida y sus amores. Deseo a toda costa crear una atmósfera amistosa, que ella me tenga

confianza, que al menos un destello de afectividad surja entre nosotros. A poco, cambia de tema y comienza a pedirme dólares. Cada prenda que cae al suelo tiene su precio. Tocar su cuerpo vale oro. Una vez que se ha desnudado, me pregunta si quiero más “acción”. Le respondo que sí. ¡Ah, entonces tengo que pagar extra! Finalmente me convence de que salgamos a tomar una copa, arguyendo que mientras se desocuparán los “cuartos especiales”. Una vez fuera, me encuentro con mis hermanos que recién han ingresado al antro y están en la sala de revisión. Ya en el restaurante, la morena pide las bebidas y me promete “acción”, mucha “acción”. Harto de platicar trivialidades, pago la cuenta y casi la obligo a volver al antro, seguro que el final está cerca. Al llegar, le extiendo el resto de mi dinero. De reojo se percata de que tengo vacía la cartera. Se va por la llave de los privados. Pasa una media hora y aparece uno de los guaruras. Me pide que abandone el lugar. Le explico mi situación. Hace una mueca de fastidio y me advierte que la morena ya terminó su turno. Iracundo, reclamo que se me devuelva lo invertido. Comienza a insultarme y a empujones me saca a la calle. Otros dos guardias impiden que intente cruzar la puerta de nuevo. Desesperado, detengo a una patrulla. Les cuento a los policías mi problema, la estafa de que fui objeto. Pepe y Luis Fer se acercan, como caídos del cielo. Muy a tiempo se desengañaron, y no pasaron de la primera a la segunda sala. Los patrulleros toman nota del asunto. Mantengo una luz de esperanza. Me siento defraudado y con ansias de tomar venganza. Esperamos pacientes, a corta distancia. Luego de conversar con los guaruras del antro, los patrulleros voltean a mirarnos, uno lo hace con desprecio y el otro con sorna. Tranquilamente se alejan del sitio, en sentido opuesto al nuestro.

Pepe y Luis Fer se niegan a oír mis justificaciones, los improperios que aviento a diestra y siniestra. Le platico mi rabia a un paisano desvelado que se detiene a preguntarnos qué nos pasa. “¿Cómo, acaso no saben que en California está prohibida la prostitución?”, nos dice, con incredulidad. Al ver que guardamos silencio, se me acerca y pone su brazo sobre mi espalda. A manera de consuelo, agrega: “Cálmate, hombre, no eres el primero ni serás el último”.